

Maestras iletradas

No cursaron estudios universitarios, no tuvieron profesores ni preceptores para iniciarlas en el cultivo del intelecto. Lo que aprendieron a nivel humano fue por autodidactismo. Pero agradaron a Dios, y Él les mostró la auténtica Sabiduría; permitiéndoles traspasar las fronteras de lo material y acceder a realidades que por inaccesibles para el común de los mortales, con frecuencia son tachadas de ilusorias.

Dios las llamó y su respuesta fue un SÍ rotundo. Lo sintieron tan próximo en su lejanía que no escatimaron esfuerzos para alcanzarlo. Se detuvieron a contemplar la trayectoria de su vida hasta ese momento vocacional y la consideraron indigna, sucia, empecatada. Entonces se dedicaron perentoriamente a limpiar el alma por el camino de la penitencia y la mortificación o – lo que es lo mismo – siguieron la *vía purgativa*. Para no desfallecer, tuvieron que alimentar su espíritu con la oración, meditación e imitación de Cristo, que las introduciría por el atajo alternante de la *vía iluminativa*. Ambas sendas, recorridas con el amor y humildad gratos al sublime Amador, confluyen en una meta que hará livianas todas las dificultades futuras hasta concluir la vida terrenal: esa meta anhelada por todos es la *vía unitiva*. Sin pretensiones de aportar nada nuevo, sino como mero planteamiento dentro de la inabarcable problemática del espíritu, someto a su consideración algo que ha suscitado mi curiosidad en horas de reflexión y lectura: cómo ante la indiscutible validez de su magisterio, la difusión escrita del mismo conlleva atestiguar de manera más o menos explícita, el milagro manifiesto de Dios en una inteligencia humana, que admira más si es femenina.

A lo largo de los siglos, son muchas las transmisoras de esa Sabiduría que no se aprende en los libros sin que medie la «chispa» de la Gracia. La mayoría de ellas carecieron de una cultura básica elemental y hubieron de ser autodidactas a la hora de adquirir los rudimentos precisos para satisfacer sus ansias de conocimiento.

En el Kempis se dice por boca del Maestro de maestros:

«Yo soy el que enseño al hombre la ciencia y doy más claro entendimiento a los pequeños, que ningún hombre puede enseñar.

«Al que Yo hablo, luego es sabio y aprovecha en el espíritu. [...]»

«Yo soy el que levanto en un punto el humilde entendimiento, para que entienda más razones de la verdad eterna que si hubiese estudiado quince años. [...]» (Imitación de Cristo, Tercer tratado, Cap. XLVIII)

La verdad de este aserto se patentiza en múltiples mujeres, a través de todos los tiempos; pero, ¿qué ocurre con la transmisión de su magisterio?

Así como los hombres de reconocida sapiencia espiritual, ya en vida, veían difundir sus escritos dentro de la mayor extensión espacial posible, las mujeres exponían inicialmente su mensaje mediante comunicación oral, o – si acaso – a través de lo que he dado en llamar «literatura sumergida», limitada a ámbitos reducidos de confidencialidad. A su muerte, evidenciada la validez doctrinal, se procuraba fijarlo por escrito, siendo los promotores autoridades masculinas.

En las épocas y espacios geográficos de las «maestras» que he seleccionado para este trabajo, la fijación manuscrita o impresa de sus obras conlleva el planteamiento de una justificación convincente, que parece apoyarse en Jesucristo cuando exclama: *«Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos»* (Mateo 11, 25). Por supuesto, las mujeres de entonces se consideraban incluidas entre «los pequeñuelos».

La versión castellana del *Llibre de les dones*, de Francesc Eiximenis, publicada en Valladolid en 1542 bajo el título de *Carro de las donas* (se dedica a la reina doña Catalina de Portugal), ante el argumento de que «la mujer es de menor dignidad que el varón», suscita la duda entre «algunos doctores» sobre «si las mujeres que fueren a la Gloria, si tendrán allá la misma figura que tenían aquí, o si les será mudada en figura de varón» (L. I, Cap. XIII).

Conforme con que las mujeres aprendan a leer (L. II, Cap. XXVI), evoca a la reina Constanza (posiblemente la hija de Alfonso VIII), quien *«reprendía a los hombres que decían que por escusar las hijas de muchos males y peligros las vedaban que no supiesen leer ni escribir, y también lo vedaban a sus mujeres, diciendo que les era ocasión de mal. Antes, era esta buena reina de opinión que lo debían aprender, porque con saberlo alcanzaban a ver los buenos dichos y doctrinas de los santos; y las maravillosas escrituras y ejemplos de las santas y devotas mujeres pasadas, siervas y amigas de Dios»*. En cuanto al aprendizaje conveniente para la doncella, considerando que *«ha de tener maestra hasta que se case o la ponga Dios en estado para su servicio»* (L. I, Cap. XXXV), sus principales maestras – no maestros – han de ser la Santísima Virgen y la virtud de la caridad, que cuenta con un modelo ejemplar en santa Cecilia.

Me valgo de la misma obra para presentar la primera de las maestras, que he seleccionado para esta reflexión.

Ángela de Fulgino – o Foligno – (Siglos XIII-XIV)

Constituye un modelo ejemplar para Eiximenís, que la incluye en el Libro III, dedicado a las viudas. En el capítulo XIV argumenta «*cómo la devota viuda cristiana debe seguir antes la vida contemplativa que la activ*»; y en el XVII «*se ponen algunos notables acaecimientos y vida que pasó la bienaventurada viuda santa Ángela de Fulgino, para ejemplo de las buenas viudas*»..

La llamada, o vocación, de Ángela de Fulgino se produjo cuando aún vivía atada por lazos afectivos familiares y obligaciones inherentes a su condición de hija, esposa y madre.

Fruto de la contemplación ante la Cruz, fue «alumbrada y enseñada» de la necesidad que tenía de despojarse de todo lo terrenal, así como de sí misma, para consagrarse más libremente a Jesucristo. Su respuesta inmediata de desasimiento coincidió simultáneamente con la pérdida sucesiva de madre, marido e hijos. Ya nadie impediría su nueva andadura.

El *Libro* de Ángela de Fulgino, que muerta ésta se encargó de coordinar y estructurar uno de los discípulos franciscanos, Fray Arnaldo, había sido dictado por ella misma. Su contenido queda claramente reflejado en la Introducción, donde se dice cómo «*trata del proceso por donde nuestro Señor la guió*»; los dieciocho «pasos o escalones» que constituyeron la base de su ascesis; las «consolaciones» recibidas, tanto de Dios como de sus hijos espirituales; y, lo que es más importante a nuestros efectos, «*trata de la doctrina y enseñanza de esta santa madre, en que nos muestra el verdadero camino para cómo podamos seguir las pisadas de nuestro Redentor. La cual doctrina es toda sacada de aquel libro de la vida escrito de dentro y de fuera, que es Jesucristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero*».

Los dieciocho pasos o escalones (cada uno de los cuales constituye un capítulo) corresponden claramente a las vías purgativa e iluminativa. A partir del capítulo XX, vemos cómo Ángela de Fulgino se va adentrando por la vía unitiva. Entre los capítulos que pudiéramos llamar doctrinales, cabe destacar:

Cap. LII. «De su doctrina y enseñanza de esta santa. Primeramente, cómo se pueden conocer y haber certidumbre sobre que Dios venga en el ánima».

Cap. LVII. «Del recogimiento del alma». Es uno de los más largos y elocuentes respecto a la espiritualidad franciscana».

Cap. LVIII. «Del libro de la vida, que es Jesucristo Dios y hombre, en el cual se conoce y enseña y se aprende todo lo que conviene a nuestra salud».

Cap. LXII. «En que trata de la oración».

«[...] y este conocimiento en ninguna manera se puede haber ni alcanzar sino leyendo continuamente en el sobredicho libro de la vida. Conviene a saber, en la vida y muerte de Cristo. Y como la tal lección y doctrina en ninguna manera se puede alcanzar sino por la oración devota y

pura y humilde y violenta y atenta y continua que sea no solamente de la boca, más del corazón y de todas las fuerzas y potencias del ánima. [...]».

Defiende las dos formas de oración: la «corporal» (o vocal) y la «mental». *La primera – dice – no ha de dejarse por la segunda. Conviene la corporal, aunque «hase de hacer con atención [...]. La oración mental corta la lengua que no puede hablar; y en tal y en tanta manera el ánima está llena de Dios, que no se puede ocupar ni pensar otra cosa sino cerca de Dios. Y por eso de esta oración mental viene a la supranatural.»*

Cap. LXIII. «Que trata de la virtud de la humildad».

«Sin la humildad, vana es y sin fruto la oración. [...]»

Cap. LXIV. «De la virtud de la caridad».

«La caridad y el amor de Dios es la mayor de todas las virtudes [...]» (Es uno de los capítulos más largos).

El capítulo LXX contiene su «testamento y postrera amonestación». En él queda claramente explícito cómo, a instancias del Maestro divino, quiere que su mensaje, su ejemplo de mujer elegida por Dios, trascienda y perdure para bien de otras muchas almas:

«[...] Y como yo os prometí, no quiero llevar conmigo a la sepultura lo que os puede a vosotros aprovechar, y lo que quiero decir no lo digo de mío, todo es de Dios y él me lo manda decir; porque plugo a la divina bondad darme a mi cuidado y solicitud de todos sus hijos e hijas, que son en este mundo allende y aquende la mar; y yo los guardé como pude, y me dolí por ellos, y más son muchos los dolores que por ellos sufrí [...]».

Ángela de Fulgino sintió a sus discípulos como hijos. Este carisma de madre-maestra es común a todas las mujeres que en su incondicional amor a Dios alcanzan la cima de la mística y consecuente dominio de la Sabiduría sobrenatural.

Su muerte se produce el 4 de enero de 1309. El deseo de Ángela, eco de la voluntad divina, se cumpliría ampliamente.

Fray Arnaldo expone en el primero de los dos prólogos incluidos en el libro:

«Porque la inflación del saber mundano terreno y diabólico del soberbio espíritu de aquellos que dicen mucho y hacen poco, quédase confuso por la sabiduría eterna de Dios, despertó Dios una muger de estado seglar, obligada al mundo y a su marido, enlazada con hijos y riquezas, simple en saber, flaca de fuerzas, mas por la virtud infusa en ella divinalmente por la Cruz de Jesucristo Dios y hombre, rompió los lazos del mundo y subió a la altura de la perfección evangélica y a la perfecta y muy sabia sabiduría de la Cruz de Jesucristo. [...] Y tú, eterno Dios, [...] hiciste loca la sabiduría de este mundo,

cuando contra los varones pusiste una mujer; contra los soberbios, una humilde; contra los engañosos astutos, una simple; contra los letrados, una idiota»¹

Esta salvedad en cuanto a la maravilla que Dios puede obrar en una mujer humilde, simple e idiota, se refuerza con la aseveración que hace el mismo prologuista:

«[...] E yo en todo este libro no añadí ninguna cosa a sus palabras; pero muchas cosas dejé de escribir, porque no las podía comprender con mi entendimiento. Otrosí, fueron examinadas todas estas cosas, disponiéndolo nuestro Señor, por dos frailes menores dignos de fe [...]; fueron así mismo examinadas todas estas cosas por el señor Jacobo de Columpna y por ocho frailes menores, letrados muy famosos [...].»

El magisterio de Ángela de Fulgino traspasó las fronteras de Italia. En España entró por la puerta grande, a instancias del Cardenal Cisneros, traducido al romance bajo el título de *Libro de la bienaue[n]turada sancta Angela de Fulgino: en el qual se nos muestra la verdadera carrera p[ar]a seguir las pisadas de nuestro rede[m]ptor y maestro Jesuchristo*. Toledo, 1510.²

Un siglo más tarde, Francisca de los Ríos, adolescente que frisa los trece años, acomete la traducción de la obra latina, creyendo – según ella misma explica – que no existía ninguna versión en castellano. La dedica a la que más tarde sería reina Isabel de Borbón, por entonces Princesa de España. Se publica en Madrid, en la Imprenta de Juan de la Cuesta, el año 1618. En la aprobación de fray Baltasar de Ajofrín, fechada a 27 de febrero del mismo año, se pone de manifiesto cómo «consumados maestros de espíritu hallarán mucho que aprender».

Catalina de Siena (Siglo XIV)

Otra italiana, Catalina de Siena (1347-1380), también terciaria («mantellata»), recibe muy niña aún la llamada del que Es, y se incorpora a las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo en 1363, no sin reparos de las propias «mantellate», que originariamente habían sido todas viudas.

La que merecería el título honorífico de doctora de la Iglesia, concedido por primera vez a una mujer, quiso dejar bien clara la fuente de su magisterio experiencial y revelado:

¹ La primera acepción de «idiota» en el *Diccionario de Autoridades* es «el ignorante, el que no tiene letras» otra: «hombre plebeyo o del vulgo» como derivada de la voz griega «idiotis». Eiximenis tuvo muy presente este prólogo, del cual copia algunos fragmentos casi literalmente. Así: «[...] contra los varones soberbios pones una humilde mujer; contra los hombres engañosos y astutos pones una mujer simple; contra los letrados, una mujer sin letras».

² Corresponden a esta edición los textos, que he transcrito, actualizándolos para una más fácil lectura. Así procedo con las demás transcripciones (excepto los títulos, que reproduzco literalmente). No obstante, respeto algunos giros y formas de expresión que considero aproximan al autor y a su tiempo.

«[...] Nada de cuanto se refiere a la vía de la salvación me ha sido enseñado por ningún hombre o mujer, sino exactamente por el mismo Señor y Maestro, el Esposo precioso y dulcísimo de mi alma, Jesucristo, bien por medio de su inspiración o bien hablándome [...]»³.

Y en otra ocasión afirma:

«Vi los misterios de Dios, que ningún viviente puede repetir, porque la memoria no le acompañaría, ni hallaría palabras adecuadas para explicar cosas tan sublimes. Fuese la que fuese la palabra que dijera, permanecería tan distante como el barro lo está del oro.» (*Capua, Libro II, Cap. VI, 213*)

Su devoto discípulo y biógrafo Raimundo de Capua, en la deliciosa biografía que de ella nos dejó, dice que si era elocuente escribiendo aún fascinaba más escucharla.

Catalina, como tantas otras, obedeció el imperativo ineludible de transmitir cuantos conocimientos sobrenaturales iba adquiriendo merced al magisterio divino: «[...] Casi dos años antes de morir le fue revelada por el cielo una tal claridad en la Verdad que Catalina se vio obligada a difundirla por medio de sus escritos; por ello rogó a sus amanuenses que, apenas se dieran cuenta de que entraba en éxtasis, estuvieran preparados para transcribir todo lo que saliera de su boca» (*Capua, Libro III, Cap. III, 349*).

Como hombre culto, versado en letras, Raimundo de Capua pone de relieve la perfección lingüística y literaria con que la singular «mantellatta» expresa los profundos contenidos de su mensaje: «Si alguien examina el libro que ella compuso en su propia lengua, ciertamente bajo el dictado del Espíritu Santo, ¿cómo podrá imaginar o creer que ese libro fuera escrito por una mujer? El modo de expresarse es sin duda sublime, hasta el punto de que apenas se puede hallar un modo de hablar en latín que corresponda a la altura de su estilo; yo, que me esfuerzo en traducirlo, lo experimento cada día. Los conceptos que contiene son tan altos y profundos que si los oyéramos en latín los creeríamos más de Aurelio Agustín que de cualquier otro [...]» (*Capua, Prólogo, I, 8*).

Como discípulo de su hija de confesión, Raimundo de Capua evidencia el carisma de madre-maestra, que acabo de resaltar al referirme a Ángela de Fulgino: «En consecuencia, todos nosotros llamábamos madre a la Virgen, porque ella era verdaderamente para nosotros la madre que, sin lamentos y sin inquietud, nos paría de día en día del seno de la mente, esperando hacernos a imagen y semejanza de Cristo, y nos nutría asiduamente con el pan de la sana y útil doctrina.» (*Capua, Libro II, Cap. XI, 301*).

³ En Beato Raimundo de CAPUA, *Santa Catalina de Siena*. Barcelona, 1993, Libro I, Cap. IX, 84. Los textos están tomados de esta edición de la *Legenda Maior*, que estimo es la última castellana. Citaré en lo sucesivo a renglón seguido por "*Capua, Libro ..., etc.*»

Y como tal madre, Catalina a la hora de su muerte – igual que acabamos de ver en Ángela de Foligno – cuida con solicitud de esos hijos que van a sentirse como ovejas sin pastor. Intentará dejarles lo mejor de sí misma; además de la confianza en su protección desde el más allá:

«Apenas la virgen presintió, quizá no sin una revelación divina, que se le acercaba la hora de la muerte, reunió en torno a ella a toda la familia que le había dado el Señor y que la había seguido hasta Roma.

«Tuvo lugar un largo y memorable coloquio en el cual los exhortó al provecho de las virtudes [...]»

«Concluyó sus palabras con el precepto del Salvador, exhortándolos humilde e insistentemente a amarse los unos a los otros [...]. En el amor, decía, demostrarían verdaderamente ser y querer continuar siendo sus hijos espirituales» (Capua, Libro III, Cap. IV, 360, 362)

Muere el 29 de abril de 1380; es elevada a los altares el 29 de junio de 1461, por el Papa Pío II.

En España, ya había entrado mediante la liturgia, los sermones y algún manuscrito, cuando en los albores de la imprenta, el año 1499, sale en Valencia de los talleres del alemán Cristóbal Cofman una biografía traducida de la Crónica de San Antonio de Florencia; a Castilla llegará doce años más tarde, a instancias del Cardenal Cisneros que elige nuevamente para esta edición al impresor Arnao Guillén de Brocar: *La vida de la bienaventurada Sancta Caterina de Sena trasladada de latin en castellano por el reuerendo maestro fray Antonio de la Peña de la Orden de los predicadores. Y la vida de la bien aventurada Soror Joana de Orbieto: y de Soror Margarita de Castello*, Alcalá de Henares, 1511. Esta traducción sí corresponde a la *Legenda Maior*, de Raimundo de Capua.

En el prólogo, que el traductor dedica al Cardenal, dice refiriéndose a los «sabios de aquella sabiduría que es terrena, animal y diabólica, pues con ella no procuran salvo riquezas, deleites y honras»:

«[...] El Señor, en confusión de ellos y por su poco fervor y mucho descuido que tienen [...], para mostrar su omnipotencia elige pajas delgadas con que ablande las gruesas barras de acero, [...] pone y levanta en su santa Iglesia mujeres flacas y aún niñas, que les hagan ventaja y vergüenza, como aún algunas veces hizo en la ley vieja, que en defecto de los varones puso mujeres que juzgasen y governasen el su pueblo de Israel. [...]»

En 1512, Cisneros vuelve a promover la difusión catheriniana, dando a imprimir a Guillén de Brocar la *Obra de las epístolas y oraciones de la bienaventurada virgen sancta Catherina de Sena de la Orden de los Predicadores. Las quales fueron traduzidas del toscano en nuestra lengua castellana por mandado del muy Illustre y Reuerendíssimo señor el Cardenal [...]*

Obra de gran influencia para el espíritu de la pre-reforma, es un fiel exponente de la doctrina de esta santa doctora. Aconseja constantemente a sus destinatarios que se ejerciten en la virtud de la paciencia, de la humildad y en el amor a Cristo crucificado, unido al amor al prójimo, como base del progreso espiritual. «*En Dios concebimos las virtudes y en el prójimo se paren*» – dice en su Epístola 193, dirigida a otra dominica.

Es curioso observar cómo las dos santas italianas, promovidas por Cisneros en el siglo XVI, en el XVII serán impulsadas por dos mujeres. De Ángela de Fulgino, ya he citado la traducción que hace Francisca de los Ríos; la vida de Catalina de Siena es poemizada por Isabel de Liaño, quien al parecer contó con muchas dificultades para publicar su obra. Ella lo atribuye a ser fémica, puede que aún influyera más su discutible númen poético. Al fin saldrá a la luz en Valladolid el año 1604, bajo el título de: *Historia de la vida, mverte, y milagros de santa catalina de Sena, diuidida en tres libros. Compuesta en octaua rima por doña Isabel de Liaño natural de Palacios de Campos; dirigida a la Reyna Nuestra Señora doña Margarita de Austria.*

Juana de la Cruz Vásquez. «La Santa Juana» (Siglos XV-XVI)

La que merecería el apelativo de «La Santa Juana» por consenso popular, ya en vida, vino al mundo en España el año 1481, en un pueblecito llamado Azaña – hoy Numancia de la Sagra – de la provincia de Toledo. Sin que haya podido constatarse documentalmente, se fija su nacimiento el 3 de mayo; quizás porque sí se sabe que profesó, fue elegida abadesa y murió ese mismo día en que se celebra la festividad de la Santa Cruz.

Apenas contaba siete años cuando quedó huérfana de madre. Tal vez fue esta carencia y consecuente desamparo lo que decidió su incorporación al beaterio de Santa María de la Cruz de la villa de Cubas en torno a los quince años, bajo el apellido religioso «de la Cruz», que abrazaría para mejor abrazar a Cristo. Por otra parte, conviene tener en cuenta que – según la tradición – la Cruz de este Monasterio de Santa María de la Cruz y de la Santa Juana de Cubas, fue colocada por la Virgen, tras aparecerse a una pastorcita llamada Inés. Aún hoy numerosas personas confiesan que su proximidad les provoca reacciones extrañas. Así pues, en el caso de la «Santa Juana» diríase que su elección imprime carácter.

Juana de la Cruz tuvo que leer necesariamente las vidas de Ángela de Fulgino y Catalina de Siena, publicadas por el Cardenal Cisneros; hasta me atrevo a afirmar que él mismo se las enviaría. Para la predicadora de Cubas, sería aleccionador el conocimiento de ambas místicas, iletradas como ella, y también maestras merced al magisterio divino. Una de sus lecturas favoritas se sabe que era el *Floretto de san Francisco*, cuya edición sevillana de 1492 fue

recuperada por el Profesor José Adriano de Freitas Carvalho en facsímil (Oporto, 1988).

Dentro de la vida conventual, las especiales condiciones que demuestra Juana de la Cruz a través de los distintos oficios que va desempeñando, culminan en su elección como abadesa en 1509, antes de la edad reglamentaria. Contaba veintiocho años. Ese momento cumbre coincide con el apogeo de su actuación como predicadora, que recoge – al menos en parte – el «*Conhorte*» (o Conforte), cuyo título evidencia el propósito que la mueve.

Tras una serie de fenómenos psicossomáticos decisivos para su definitiva conversión espiritual, entre los que se incluye un mutismo transitorio, hacia los veintiséis años comenzó a manifestarse en Juana el don de la predicación, quizás porque esa era la forma en que Dios quería que transmitiera su magisterio.⁴

Instrumento fiel al servicio de la voluntad divina, Juana de la Cruz se consideró «trompeta» o «flauta» de Dios, y en cuanto tal aceptó difundir la fe de Cristo ruidosamente, como mejor la percibiera el pueblo, de forma que retumbara con fuerza en los oídos y se grabara en los corazones. Era necesario que las gentes sencillas sintieran la necesidad de gozar con las delicias sobrenaturales haciéndoselas accesibles, palpables, placenteras.

El caso de Juana de la Cruz tenía que resultar llamativo, por cuanto generalmente eran las mujeres quienes se nutrían de la enseñanza que vertían en sus sermones oradores masculinos. Pero, por otra parte, si bien la oratoria sagrada contaba con grandes y elocuentes predicadores en la Corte y diversos ámbitos urbanos, el campesinado carecía de sermoneadores que llevaran a su comprensión lo que el analfabetismo les impedía conocer. De ahí que el papel desempeñado por la predicadora de Cubas durante trece años cubriera, aunque en muy pequeña proporción, uno de los espacios geofísicos más necesitados de esta falta de apostolado.

¿Qué comunicaba esta lugareña en sus sermones? ¿Conocía las Artes de predicar? Las conociera o no, transmitía lo que Dios le inspiraba: «*Y dijo su Divina Magestad que cada vez que viene a hablar en esta voz, venía con gran deseo de salvar a todos y con gran caridad y amor que tiene con todos los hijos de los hombres*» (*Conorte*, XLII, 15)⁵. Nada más lejos de su intención que hablar por sí misma como exégeta o teóloga, aunque ser instrumento sonoro portador del Verbo divino suponga mucho más.

⁴ Catalina de Siena también gozó de este don: «*El Señor la había dotado de un lenguaje muy erudito, para que supiese hablar en todo lugar. Sus palabras ardían como pequeñas llamas y nadie, escuchándola, podía sustraerse al calor de aquellas palabras inflamadas*». (Capua, Prólogo I, 8-9)

⁵ Libro del Conorte, que es el que se escribió de los sermones que predicava Santa Juana estando elevada. Real Biblioteca de El Escorial, Mss. J-II-18. Véase infra, nota 10.

Un testigo contemporáneo, el padre Francisco de Torres, a quien me referiré más adelante, aporta el siguiente testimonio: «[...] enseña, mueve y deleita más que todos los elocuentísimos oradores, en un estilo humilde y llano según la costumbre del Espíritu Santo». ⁶

De hecho, pronto su auditorio se amplió e hizo tan heterogéneo que, además de los parroquianos lugareños y personas de fe ahítas por escuchar mensajes divinos, comprendía los personajes de mayor relevancia, encabezados por el Cardenal Cisneros y el emperador Carlos V.

La santa Juana, por inspiración o de manera inconsciente, utilizó además todos los recursos esenciales para ganar el corazón humano, propios de su condición femenina: sensibilidad para la captación de detalles, intuición, sutilidad y la ternura tan necesaria a todo ser vivo.

¿Cómo no iban a conmovirse los corazones de quienes la oían relatar como sigue el Misterio de la Encarnación?:

E nuestra Señora, oyendo las palabras del Ángel, esforzóse mucho e alegróse diciendo: «Aunque yo no sea digna de tan grande bien, pues me dices que tengo de permanecer siempre virgen, e lo que de mí naciere ha de ser santo, venga luego». E hincó las rodillas, e alzó las manos al cielo con grande fervor e humildad, diciendo: «Ahé la sierva del Señor, sea hecho en mí según tu palabra e su santa voluntad». E así como acabó de decir estas palabras, luego entró toda la Trinidad en su vientre virginal. E primeramente entró el Padre a aparejar la morada del Hijo; e luego entró el Hijo a vestirse la humanidad, e luego entró el Espíritu Santo a formar e edificar el cuerpo. E primeramente pensó el Padre en su memoria cómo se edificaría aquel sagrado cuerpo; e luego vino la Sabiduría e Discreción, que es el Hijo, e parió la Palabra, diciendo: «Desta manera se hará». E luego se movió el Espíritu Santo, el cual es las fuerzas e voluntad del Padre y del Hijo; y empezó a edificar un cuerpecito de niño muy blanco e purísimo: y edificóle unos ojos, los más lindos e amorosos e misericordiosos, que nunca jamás fueron ni serán; e unas narices las más lindas e afiladas que nunca se viesen; e una boca, la más dulce e graciosa que jamás hubo ni habrá; e unos brazos e manos, las más lindas e delicadas que nunca hombre tuvo ni tendrá. E unas piernas e pies, los más tallados e lindos que se podían decir ni pensar. E así le edificó e formó en aquel sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo los más lindos miembros e facciones que nunca criatura tuvo. E por eso es dicho de Él que es más hermoso sobre todos los hijos de los hombres. [...] (Conhorte I, 5) E así como nuestra Señora tornó en sus sentidos e se sintió preñada fue tan grande e admirable el gozo que ella hubo que no se podría comprehender ni decir ni pensar. E tan gran deleite e consolación recibía cuando sentía bullir el niño

⁶ Cita tomada de Annie FREMAUX-CROUZET: Alegato en favor de «las mujeres e idiotas»: aspectos del franciscanismo feminista en la *Glosa* de Francisco de Torres a *El Conorte* (1567-1568) de Juana de la Cruz, p. 111 (Separata del libro *Homenaje a José Antonio Maravall*, 1986)

Jesús en el vientre que hincaba las rodillas e ponía las manos adorándole e abajaba la cabeza deseándole besar [...]» (Conhorte, I, 8).

Juana, consciente defensora de su condición femenina, contempla con embeleso cómo Dios elige una mujer humilde y sencilla para encarnarse en ella, haciéndola partícipe de uno de los misterios más sublimes de la creación. A partir de la Virgen María, la mujer virgen alcanza valores de maternidad trascendente; con ella se evidenciará que ser madre está por encima del acto carnal, que con o sin él se puede alcanzar esa categoría; o, dicho de otra manera, que simplemente por él no se es madre. A partir de María, habrá muchas madres en Cristo, como lo fueron las seleccionadas para este análisis.

Su experiencia del amor de Dios, Amor perfecto y absoluto – al que no cabe atribuir ninguno de los condicionantes propios de la naturaleza humana – le infunde un criterio universalizador. De ahí que con magistral sencillez intente llevar a los corazones el convencimiento de que *«Dios es de tal condición que si por hijo le quiere recibir cada persona en su ánima, por hijo se da y Él nacerá en cada uno de los corazones que le recibieren [...]». E si el ánima le quiere y desea en esposo e amigo y en compañero o hermano, por semejante se les da, para que le gozen e gusten las sus dulcedumbres. E si le desea en padre e socorro e amparo, por semejante se le da e defenderá cualquiera ánima que debajo de su defensión e amparo se pusiese»*. (Conhorte, XIII, 8). Y en otro sermón en que parece querer acercar aún más el mensaje divino al oído humano, transmite: *«E dijo el Señor [...]: E todos los que me quisiéreis en padre, en padre me hallaréis. E los que me quisiéreis en madre, en madre me hallaréis. E los que me quisieren en esposo, en esposo me hallarán. E los que me quisieren en hermano, en hermano me hallarán. E los que me quisieren en amigo o prójimo o compañero, por semejante me hallarán [...]»* (Conhorte, 62, 9).

El beneplácito del Cardenal Cisneros frente a esta figura femenina del franciscanismo se pone de manifiesto al nombrarla párroco de la parroquia de Cubas el 9 de marzo de 1510, nombramiento que sería revalidado mediante confirmación del papa Julio II el 4 de julio y por decreto del propio Cisneros a 28 de diciembre del mismo año. Pero ni el aplauso ni el éxito envanecerían a la sierva de Dios. Su bien asimilada espiritualidad de la prerreforma y, sobre todo, la sabiduría que le había comunicado el Maestro de maestros, la mantuvieron en la templanza de la escucha respecto a posibles mudanzas. Juana sabía que no debía dejarse envanecer por la gloria ni aniquilar por la adversidad. En efecto, pronto la salpicaron una sucesión de convulsos acontecimientos, que desembocarían en la Contrarreforma o más bien Reforma contraluterana. La hipersensibilidad que brota como consecuencia de ciertas desviaciones «alumbradistas» influye para que se mire con recelo a los místicos, elementos raros al fin para el común de los seres humanos.

Juana de la Cruz acabó por verse relevada alevosamente del cargo de abadesa, que volvió a ostentar de nuevo cuando su cuerpo se había paralizado.

Ya sólo la sostenía el espíritu. Pero desde la invalidez física siguió contando las maravillas de Dios y testimoniando cómo una mujer iletrada, de origen humilde, había podido convertirse en portadora de sabiduría trascendente.

Entre sus contemporáneos, tuvo un gran defensor en el franciscano Francisco de Torres, quien glosó el *Libro del Conorte*.⁷

Fray Francisco admira la doctrina teológica de Juana de la Cruz, que dice «*se la dio el que sólo es maestro de todos*» (fol. 138b). Sostiene ponderativamente cómo «*esta simple lo sabe todo, ninguna cosa por alta y profunda que sea ignora*» (fol. 196b). Abunda en los juicios manifestados respecto al magisterio de Ángela de Fulgino y Catalina de Siena, como elegida para castigar a los intelectuales ensoberbecidos. Confiesa abiertamente su fe en lo que transmite, hasta el extremo de afirmar: «*Quisiera más sus letras y su espíritu y vida que no la mía*» (fol. 38b). Y en otro lugar del texto: «*Esta bendita sea mi maestra*» (fol. 160b).

Su vida se divulgó profusamente en letras de molde hasta nuestros días, desde la biografía del Padre Daza (1610)⁸ hasta la reciente y deliciosa de la franciscana María Victoria Triviño⁹. Su obra, sin embargo, no se dio a la imprenta hasta nuestros días. Al fin, este año ha salido a la luz el *Libro del Conorte*, en una completa y minuciosa edición crítica realizada por Inocente García de Andrés y publicada por la Fundación Universitaria Española.¹⁰ Fray Francisco de Torres había expresado su confianza de que los sermones acabarían por imprimirse «con letras de oro»; pues bien, si esta edición no alcanza tal riqueza ornamental, María Victoria Triviño anuncia en su citada biografía como se «está preparando el sermón de la Encarnación [...] en una magnífica edición de lujo, tan hermosa como pocos textos han merecido en las artes gráficas. Podrá sacar oro quien quisiera».¹¹

⁷ Las glosas, tanto de éste como de otros dos censores: el también franciscano Francisco Ortiz y un detractor anónimo, están hechas sobre el manuscrito referenciado en nota 5. Las citas dadas a continuación corresponden al mismo. Se indica folio y columna.

⁸ Obviamente, me refiero a las biografías impresas que se escribieron con posterioridad a su muerte. En realidad, la primera y más valiosa es la que dictó Juana de la Cruz a su amanuense y hermana conventual María Evangelista. Constituye una curiosa combinación de autobiografía-biografía. Se conserva manuscrita en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, bajo el título: *Comienza la Vida y fin de la bienaventurada virgen Sancta Juana de la Cruz, monja que fue profesada de quatro botos en la Orden del señor san Francisco en la qual vivió perfeta y sanctamente* (letra de finales del siglo XVI, 137 fols.; signatura K-III-13).

⁹ *Mujer, predicadora y párroco. La Santa Juana (1481-1534)*. Madrid, 1999 (BAC Biografías, 1). Como podrá observarse, inicia una nueva colección de la BAC.

¹⁰ Inocente GARCÍA ANDRÉS: *El Conhorte: Sermones de una mujer. La Santa Juana (1481-1534)*. 2 vols. Madrid, 1999.

¹¹ M^a Victoria TRIVIÑO, *Mujer predicadora y párroco*, 248.

Teresa de Jesús (Siglo XVI)

Al igual que Catalina de Siena – a la que admiró con veneración –, el magisterio de esta otra gran doctora de la Iglesia tiene trascendencia universal. También en ella se ha comentado la escasa formación cultural. Es evidente que su autodidactismo se vio muy favorecido por la afición a la lectura y una inteligencia poco común.

Nadie como la santa fundadora carmelita supo hacer comprensible lo inefable; nadie como ella ha sabido fundir lo excelso y sublime con lo sencillo y cotidiano. En sus escritos, busca la proximidad con el interlocutor. Experimentada en el diálogo vivo e íntimo con Cristo, pretende establecer una comunicación familiar con sus lectores, a los que trata en tono coloquial, como si los tuviera consigo. Pero a la vez, tiene tan en cuenta la comunicación emisor-receptor, que emplea un estilo diferente para adaptar su mensaje a los destinatarios. Sirven de ejemplo las dos redacciones de *Camino de Perfección*, pensada una para las monjitas de San José y dirigida la segunda a un auditorio más amplio, lo que resta intimidad.

Cuando Teresa de Jesús escribe *Camino de Perfección* puede decirse que ya ha alcanzado la plenitud espiritual y literaria. Acumula suficientes experiencias como para poder erigirse en maestra de unas vírgenes ilusionadas y prudentes, que desean tener encendidas sus lámparas a la llegada del Esposo. Sus hijas le piden que haga para ellas un libro-guía, porque mientras tienen cerca a la Madre todo se les facilita; estando ausente, surgen dudas y faltan fuerzas.

Este libro de praxis constituye todo un programa de vida: el camino de perfección espiritual, a través de una convivencia comunitaria; pero aún es más. Como bien lo define el carmelita Pablo Maroto: «*El Camino de Perfección es un código de espiritualidad, el libro programático de una Reforma*».¹²

Para transitar tal «camino» la autora propone un instrumento eficaz que conduce a la unión con el Esposo: la oración, médula central de la obra.

Teresa de Jesús es quizás la única, entre las «maestras» de este ensayo, que preparó la edición tipográfica de un libro suyo. En 1578, ella personalmente supervisó una copia de Toledo, que serviría para la primera edición de Évora (1583). No llegó a verla impresa.

Si *Camino de Perfección* representa la ascética teresiana, el *Libro llamado Castillo Interior*, o *Las Moradas* constituye la cumbre de la pedagogía mística.

Lo escribe a instancias del Padre Gracián. En principio, parece que su intención fue ofrecer simplemente un breve y práctico tratado sobre la oración; pero a medida que iba escribiendo, brotaban a borbotones de su pluma las

¹² Daniel de PABLO MAROTO, *Introducción a Camino de Perfección*, Madrid, 1971, 7.

múltiples experiencias acumuladas. Lo único que hace es recoger casi al dictado la evolución ascendente de su espíritu. La infatigable lucha por unirse al Amado, irá dejando en ella huellas imborrables, que será fácil recordar. ¿Inspiración? Otros místicos no han logrado superar la inefabilidad.

Todos ustedes tendrán presente la estructura de esta gran obra alegórica. Cómo el castillo (el alma humana) está habitado por un Rey (Dios) y diversas gentes (las potencias y sentidos). La puerta de acceso es la oración. Una vez dentro, han de recorrerse diversas moradas hasta llegar a esa estancia central donde se encuentra el gran señor, dueño del castillo.

No obstante la profundidad de este tratado, que parece invitar a un lenguaje teológico hermético, abstruso, Teresa de Jesús sorprende con su transparente lenguaje habitual, chispeante a veces, y próximamente afectivo. Todo recurso es válido para esta mujer que, por todos los medios a su alcance, trata de clarificar esa posible comunicación, vivenciada por ella, entre Dios y el hombre. ¿Qué hay, pues, detrás de los medios expresivos que utiliza? La verdad de Dios en ella, que defenderá a todo trance de cualquier interpretación errónea: *«No digo sólo que no digamos mentira [...], sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad y, como tal, no es durable»* (Moradas sextas, X, 6-7).

Como ya saben ustedes, las «séptimas moradas» constituyen la consumación del vínculo místico. La experimentada maestra se esmera en transmitir a sus hijas los últimos avisos sobre esta experiencia: *«Plega a su Majestad [...] menee la pluma y me dé a entender cómo yo os diga [...] para que entendáis lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas»* (Moradas séptimas, I, 1-2). *«Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí a el alma en un instante y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar. [...] No se puede decir más que – a cuanto se puede entender – queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios. [...] Es como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río o lo que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar [...]»* (Moradas séptimas, II, 2-4).

Pero como «santa-puente» que es, con las manos asidas a Dios y los pies en la tierra, alerta: *«Es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aún plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, decrece»* (Moradas séptimas, IV, 9). Y les muestra cómo lo más seguro es no querer sino lo que quiere Dios (Moradas sextas, IX, 16), animándolas a una acción enérgica y vigorosa tras la meta deseable, porque «el amor jamás está ocioso» (Moradas quintas, IV, 10).

Aunque corrieron diversas copias manuscritas, la impresión de esta obra magna no se produciría hasta la edición de las obras completas, de manos de fray Luis de León, en 1588.

¿Qué no podríamos citar aquí en cuanto a críticas ponderativas y reconocimiento doctrinal de esta fundadora? Desde sus contemporáneos, entre los que se me ocurre nombrar a San Pedro de Alcántara y Fray Luis de León, hasta nuestro siglo, en que se la reconoce como primera española doctora de la Iglesia, teólogos, literatos, filósofos y otros muchos intelectuales han admitido la sabiduría de esta «iletrada», que alcanzó la cima del saber teológico-afectivo, erigiéndose en madre y maestra de uno de los puntales de la espiritualidad: la mística carmelitana. Pero tampoco podemos olvidar la sombra inquisitorial que se cernió sobre ella, manteniéndola en actitud de alarma permanente hasta su muerte. Nada más elocuente que la frase tan repetida en el «a-Dios»: «*En fin, Señor, soy hija de la Iglesia*».

María de la Antigua. Clarisa/Mercedaria. (Ss. XVI-XVII)

Me voy a referir ahora a un caso extraordinario y especialmente ejemplar para el tema que nos ocupa. Se trata de una religiosa de origen portugués, por cuanto uno de sus padres lo fue. En la primera biografía, que sobre ella escribió en 1975 el mercedario fray Andrés de San Agustín¹³, éste dice que la madre, Ana Rodríguez, era portuguesa; el padre, Baltasar Rodríguez, extremeño. Sin embargo, fray Pedro de Valbuena, el franciscano que acometió la publicación de su obra, dice que el padre era un «noble portugués, natural de Yelves, y su madre, natural de Badajoz». El mercedario tirsista, padre Luis Vázquez, da fe al primero.¹⁴

Todas las circunstancias que acompañaron en el mundo a María fueron adversas. Nació antes de que sus progenitores recibieran el sacramento del matrimonio, lo que la hizo sentirse concebida en pecado mortal y por ende portadora del mismo. Desde Cazalla, donde había nacido y fue bautizada el 25 de noviembre de 1566, su madre la llevó consigo a Utrera (Jaén). Allí se encontraba Baltasar, con el que contrajo matrimonio en situación de suma pobreza. Ana hubo de trabajar como criada en el convento dominico de Nuestra Señora de la Antigua, de aquella villa. Unas caricias providenciales de la

¹³ *Vida exemplar, admirables virtudes, y muerte prodigiosa de la V. Madre, e iluminada virgen, Soror María de la Antigua, donada que fue de el Convento de Santa Clara del Orden de San Francisco, en la Villa de Marchena, y después Monja en el de las Mercenarias Descalças de la villa de Lora, donde murió.* [s.l.](¿Cádiz?). [s.i.], [1675]. Sólo he conseguido localizar un ejemplar de esta obra en la Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca de la Facultad de Filología, Fondos antiguos, signatura 8044.

¹⁴ Luis VÁSQUEZ FERNÁNDEZ, *Sor María de la Antigua (Cazalla, 1566 Mercedarias de Lora del Río, 1617)*, in *Evangelizar liberando (Ensayos de Historia y literatura mercedaria*, Madrid, 1993, 290.

pequeñuela hacia la madre priora, decidieron que ésta se ocupara personalmente de su crianza. Poco tiempo podría protegerla, puesto que dejó de existir en torno a 1573. Por entonces, ya había muerto la madre natural. El padre, casado en segundas nupcias, se hizo cargo de ella cuando contaba alrededor de doce años. Pronto empezó a tratar de su matrimonio, pero no puso objeción al deseo manifestado por la hija de ingresar en un convento. Fue en el de las monjas de Santa Clara de Marchena, como «donada». Tenía María trece años. Hasta 1617, en que le cupo la satisfacción de ingresar en el convento de Mercedarias de Lora del Río, a requerimiento de las mismas, la vida de sor María de la Antigua – como quiso llamarse – fue un calvario ininterrumpido. No cayó bien en la comunidad de Marchena, de ahí que la mantuvieran siempre en el oficio de pinche de cocina, en medio de continuos desprecios y rechazos.

Todo ese cúmulo de circunstancias adversas, bien pudieran calificarse a priori de «sino fatal». Paradójicamente, para la humilde cenicienta que nos ocupa supuso el logro de la gloria sin fin, premio del Rey de reyes, que fijó compasivo los ojos en la humildad extrema de su esclava para enaltecerla:

«[...] *La ciencia de mis pobrecitos despreciados está escondida en el seno de mi Padre eterno sólo para ellos; y así serán ellos solos los verdaderos scientes; porque todas las ciencias y Sabiduría se guardan para los estudiosos de la ciencia del amor. En la fragua de él están todas las revelaciones y tesoros sólo comunicados a los amantes amorosos, que en sólo amarme y conocerse estudian, descuidados de todas las demás ciencias y argumentos dellas, y en ésta sola hallan descanso para sus almas [...]*» (*Desengaño ...*, p. 229).¹⁵

A María le gustaba leer. Confiesa un tanto avergonzada su adicción a la *Diana* de Montemayor, «O Velho». Le costó renunciar a su lectura. Probablemente hubiera leído también *La Celestina* de Fernando de Rojas, de no habérselo impedido la Madre Becerril, una de las pocas monjas que le mostró cariño y comprensión. En cuanto a lecturas piadosas, sentía predilección por la *Pasión* y los Salmos; también se complacía leyendo *Triunfos del amor de Dios*, de fray Juan de los Ángeles. No era capaz de leer mucho tiempo a Fray Luis de Granada; le exigía demasiado. Por otra parte, la trayectoria de su vida interior demuestra que había asimilado la doctrina de la santa reformadora carmelita.

Dios le dio talento para escribir; pero quizás no convenía a sus planes providenciales que ella lo entendiera así. Cómo si le complaciera gozarse en la humillación de criatura tan inocente.

La obediencia le obliga a escribir una obra, imprevisible inicialmente para su poquedad, que llegaría a imprimirse en letras de molde:

«*Hoy día de la Santísima Encarnación comienzo a hacer lo que Dios y vuestra merced me han mandado; y siéntolo de manera que ha sido menester que su Magestad me dijera hoy después de haber comulgado: «Si tanto sientes*

¹⁵ Cito por la edición de 1678, cuya referencia completa se da en el último párrafo de este apartado.

escribir de tu mano las mercedes que te he hecho, ¿qué fuera si las oyeras leer para tu condenación?» [...] Mandóme que solas tres hojas escribiese cada día. Yo pensaba sumarlo en pocas palabras; no me dan licencia» (Desengaño, p. 1).

El título que ha de darle a su libro, también so lo dice el Señor:
 «[...] Este libro [...] se ha de llamar: «Desengaño de Religiosos, y de almas que tratan de virtud. No lo mires como tuyo, que no lo es, hija, sino mío [...]» (Desengaño, p. 228).

Y más adelante, convencida de ser mero instrumento movido por el Maestro divino, confiesa:

«[...] Acabé de entender cuan desnuda estoy de esto que escribo [...]. Se me va diciendo y enseñando cuando lo voy escribiendo, de la suerte que si una persona estuviese notando lo que se ha de escribir, sin que a la que escribe costase más cuidado que el hacer las letras [...]» (Desengaño, p. 194).

«[...] Y estando en la oración me dijo mi Señor: «Hija mía, yo quise que vieses con los ojos de tu cuerpo cómo no tú, sino mi espíritu había sido el Notario de estos escritos. [...]» (Desengaño, p. 242).

Nada es ni puede sin Jesucristo. En Él encuentra respuesta a todo; y, lo que es más importante para su carencia afectiva, solicitud amorosa:

«[...] Yo, ni aún hablar palabra sé, si no es consultada con mi amoroso Maestro Jesús. Esto es tan conocido, que si me preguntan una cosa muy llana, sin que yo interiormente tenga lugar de recogerme a mi dulce y amorosa escuela, no sabré dar más razón que una bestia; mas si hay dificultad y cosas que no puedan caber en la miseria de mi capacidad, como no hay para Él ninguna dificultosa, muéstramelas llanas [...]» (Desengaño, p. 564).

Y en otro lugar:

«Los demás amadores míos tienen a mano sus maestros cuando los han menester en las dificultades que se les ofrecen; mas tú, hija mía, solicitan las entrañas de mi amor tu desamparo y soledad; por lo cual, yo tengo obligación, ya que eres mía, de ser tu Maestro y socorrer tus fatigas y necesidades; por lo cual estoy siempre de muy buena gana contigo, siendo tu solo y único consolador [...]» (Desengaño, p. 732).

«Eres mi hija por gracia, y la tienes contigo, por lo cual te entregué la doctrina de mi pecho [...]» (Desengaño, pág. 631).

Cuando a requerimiento del Convento de la Concepción de mercedarias descalzas de Lora del Río (Granada) consigue ingresar en el mismo, «es recibida con increíble gozo de las religiosas y venerada de todas, conforme al gran concepto que tenían de su virtud y santidad. Era grande el magisterio con que en el breve tiempo que vivió en aquel religioso convento, que solos fueron ochenta y un días, estableció en él los caminos del Señor y la observancia regular con muchos aumentos espirituales. Su vida, sus acciones, sus ejercicios y consejos eran regla infalible para aquellas esposas de Cristo [...]» (Desengaño, Introducción).

Los designios de Dios son inescrutables. La entrada en el convento mercedario de Lora se llevó a efecto el 19 de junio de 1617. Poco le duraría su feliz y acogedora estancia en él. El 22 de septiembre hubo de abandonarlo por exigencias del Esposo, que había engrandecido su humildad con tan significativo broche antes de llevarla consigo. Porque, paradójicamente, quienes la habían despreciado en vida, luego defenderían su pertenencia con denuedo.

En 1678, Fray Pedro de Valbuena logra que salga a la luz en Sevilla (Imprenta de Juan Cabeças): *Desengaño de Religiosos, y de almas que tratan de virtud. Escrito por la V. Madre Sor María de la Antigua, religiosa professa de velo blanco de la esclarecida Orden de Santa Clara, en el Conuento de la Villa de Marchena de la Santa Prouincia de Andaluzia*. En la dedicatoria al rey, dice de la autora cómo «sus palabras son todas para inflamar devotamente el espíritu; porque se hallan tan maravillosamente escritas para la utilidad, con tanta eficacia en las razones para la devoción y con profundidad tan misteriosa en el significar, que se conoce bien que estos escritos de la Venerable Madre son más dictados por el Espíritu divino que fabricados por entendimiento humano [...]». Y en la Introducción pone de manifiesto cómo «para fundar la Iglesia y establecer la Ley Evangélica, [Dios] no buscó hombres sabios ni nobles, eligió unos pobres pescadores [...]. La escritora de estos libros o, hablando con más propiedad, el instrumento por cuya pluma dispensó y administró la Sabiduría divina la doctrina celestial que contienen fue la V. Madre, virgen ilustrada, María de la Antigua [...]».

Mariana de San José (Ss. XVI-XVII)

Coetánea de la anterior, la Madre Mariana de San José nació a la vida perecedera el 5 de agosto de 1568; a la eterna, el 15 de abril de 1638.

De su andadura humana, setenta años, veintisiete transcurrieron en Madrid, donde descansa su cuerpo incorrupto y permanece el aliento de su espíritu en inmortal recuerdo.

Singularmente carismática, su quehacer fundacional despierta un obsesivo interés en la piadosa reina Margarita de Austria, esposa de Felipe III, quien no cesa hasta conseguir llevársela a la «Villa y Corte» para que realice la más importante de sus fundaciones: el celeberrimo Monasterio de la Encarnación.

Según ella misma cuenta en un memorial autobiográfico, que se interrumpe en 1611¹⁶, nació nieta e hija de cristianos fervorosos, tanto, que de mutuo acuerdo sus abuelos fundaron un monasterio para que la esposa e hija del matrimonio se acogieran al mismo, en tanto el marido consagraba el resto de su vida a Dios, haciéndose clérigo. A esta situación obedece el que la madre de

¹⁶ Madrid, Archivo del Real Monasterio de la Encarnación, Leg. 71.

Mariana no saliera del convento hasta contraer matrimonio con Juan de Manzanedo y Herrera, honorable caballero muy del agrado de la familia, que contaba 50 años; María Maldonado y Camargo sólo tenía 14. De este matrimonio nacieron cuatro hijas y dos hijos. María Ana – o Mariana – fue la benjamina de los seis. Pronto perdieron a su madre y en cierto modo al padre, porque se refugió en el sacerdocio. Sólo el hermano menor y Mariana permanecieron junto a él. Muerto éste, cuando debía de contar poco más de ocho años, la huérfana ingresó en el convento de Agustinas de Ciudad Rodrigo. Dejó el mundo a disgusto; con el paso del tiempo, agradecería haber tenido que hacerlo. Lo que en principio percibió como un encerramiento, supondría la apertura de dilatados caminos para su espíritu. Algo que había desdeñado en sus divertimentos mundanales era la lectura. Empezó a cultivarla en el convento. *«Como fui leyendo – cuenta ella misma en su memorial autobiográfico – me comencé a aficionar a buenos libros y a tratar de cosas de espíritu; y, con la buena compañía, obraba el Señor lo que tantas veces había comenzado y yo desbaratado, siguiendo mis pasiones»*. Cita entre sus lecturas favoritas: las *Epístolas* de San Jerónimo; las obras de Fray Luis de Granada; las de Fray Pedro de Alcántara; las *Epístolas* y la vida de Santa Catalina de Siena¹⁷. De esta última comenta: *«con el libro de la vida de santa Catalina pedí a mi tía (monja en el mismo convento) que me dejase traer vestidos blancos, ya que no podía traer el hábito»*. Respecto a Teresa de Jesús, manifiesta cómo procuraba tener siempre a la mano *Camino de Perfección* y *Avisos*. Dispuso del *Libro de la Vida* antes de salir impreso. Comenta con satisfacción: *«creo fue antes que muriese. Ayudóme mucho y conocidamente andaba mejorada cuando le leía»*.

No tardaría en fructificar la semilla sembrada en tan buena tierra. Aún no cumplidos los veinte años, el 9 de febrero de 1588, tomó el hábito en el mismo convento. Pronto acometerá una empresa que la convierte en émula de su admirada guía y maestra abulense.

Llegó a ser Priora en Ciudad Rodrigo; pero, al igual que Teresa de Avila, sus ansias reformadoras ahítas de mayor perfeccionamiento para la vida conventual la impulsaron a fundar la recolección agustiniana. Conseguida la aprobación de su proyecto, se la designa Priora del Convento de Agustinas recoletas de Eibar, haciendo la profesión el 23 de mayo de 1604. A esta primera fundación seguiría la de Medina del Campo ese mismo año, y en 1605 la de Valladolid, *«con harto consuelo de ver hecha aquella casa de la Santísima Virgen con título de la Encarnación»*.¹⁸ Se encontraba en la fundación de Palencia, cuyo convento había recibido el nombre del misterio mariano de la Expectación, cuando fue requerida por Margarita de Austria para fundar en

¹⁷ Seguramente se refiere a la *Legenda Maior* de Raimundo de Capua.

¹⁸ Del mismo Memorial (Cfr. supra, N. 16).

Madrid otro monasterio que también se llamaría de la Encarnación. En éste permaneció hasta su muerte.

Isabel de la Cruz, una de las religiosas que estuvo más tiempo a su lado, la reconoce no sólo como fundadora y «maestra de toda virtud y perfección», sino como «madre verdadera».

Fueron muchas las religiosas que gozaron de su magisterio directo. Junto al lecho de muerte se encontraban treinta, como acreditan los respectivos memoriales orientados hacia un futuro proceso de beatificación, demorado hasta nuestros días. Las treinta plumas expresan unánimemente tanta admiración como amor por su guía espiritual, capaz de orientarlas y conducir las hacia la meta soñada por todas y cada una de ellas. Mariana de San José había sabido incorporarlas sabiamente a un proyecto de vida común, superando las naturales diferencias propias de su distinta condición social y personalidad.

Toda clase de virtudes adornaron a esta singular criatura. Sus hijas ponderan, entre otras, la caridad, humildad, pobreza, obediencia, paciencia, ecuanimidad, mortificación, prudencia... Respecto a su autoridad carismática ponen de relieve:

«Habiale dado su Majestad todas las partes que se requieren para gobernar y encaminar las almas a la perfección, porque se hacía amar y respetar juntamente. Sólo con mirarla causaba reverencia; y esto bien se echaba de ver era nuestro Señor el que se lo infundía, porque de su natural era muy afable y su trato muy llano y gustoso, cumpliéndose en su Reverencia ser amada de Dios y de los hombres. Era tal la fuerza que tenía en sus palabras que allanaba todo lo arduo y dificultoso».

Y en lo que atañe a su inteligencia, afirman:

«[...] Viose bien cómo el Espíritu Santo llenó esta alma de sus dones, y el primero resplandeció tanto que admiraba su saber. Que dijo una persona y ministro en una ocasión que si el Rey nuestro señor tuviera dos hombres del entendimiento de la madre María Ana de San José pudiera gobernar su Majestad otros dos o tres reinos como el suyo».

*[...] Fue rara en todo y tan latina, sin haberlo aprendido, que en las vacantes de Salamanca iban a Ciudad Rodrigo los catedráticos y muchas personas graves a verla y estarse horas hablando con aquel monstruo de entendimiento; y así cuando murió fueron a comprar sus libros como si fuera uno de ellos; y en la Comunidad los leía sin que ellas pudiesen echar de ver era en latín».*¹⁹

¹⁹ Para una mayor información puede consultarse mi artículo: «Etopeya de la Madre Mariana de san José, una mujer carismática» (in *Recollectio* 10 (1987), 45-95), donde figuran tanto éstas como las restantes declaraciones.

El memorial autobiográfico y otros escritos, que quiso destruir²⁰, fueron reunidos en un libro encomendado a Luis Muñoz por la Comunidad del Monasterio de la Encarnación, de Madrid. Salió de las prensas de la Imprenta Real en 1645, bajo el título de: *Vida de la Venerable Madre Mariana de S. Joseph, Fundadora de la Recolectión de las Monjas Agustinas, Priora del Real Conuento de la Encarnación, hallada en vnos papeles escritos de su mano [...]»*. Es admirable comprobar el trabajo realizado por Luis Muñoz, quien no sólo respetó fielmente los textos de la Madre Mariana, sino los que incluye de su hijas de religión; y a la vez completó por sí mismo las lagunas que fue detectando con la correspondiente información, en una labor coordinativa modélica. El juicio que le merecía la fundadora agustina, se resume en estas palabras: «*Muger grande y de valiente espíritu, que recibiendo mucho supo encubrirlo, deseando con una constante humildad sepultar la memoria de su nombre»*, a las que añade la voluntad divina de enaltecer precisamente al que más se humilla: «*Mas nuestro Señor, gran honrador de los que más se abaten, ha movido el santo celo de vuestras reverencias, que con el cordial amor que tienen a su Venerable Madre han procurado, con un gusto y afecto digno de toda alabanza, que conozca el mundo las grandes obras de Dios en la santidad de su gran Madre, y que se manifieste este tesoro escondido [...]»* (Prólogo).

No obstante los diversos estudios y ediciones parciales sobre esta nueva doctora en potencia, aún no ha salido la magna obra que merece la profundidad de su pensamiento y doctrina. Creo se encuentra en gestación, como también lo está su proceso de canonización ya en marcha.

María de Jesús de Ágreda (Siglo XVII)

Toda su vida transcurre dentro del siglo XVII en Ágreda (Soria), donde nace en 1602 y muere en 1665. Después de la mística doctora abulense, quizás sea la autora que proyecta una irradiación más amplia y suscita mayor interés, en cuanto magisterio escrito de contenido místico.

Síntoma evidente de nuestra época, en la actualidad su nombre se relaciona con Felipe IV, merced a la correspondencia que mantuvo con éste²¹.

Si Felipe IV fomentó la amistad de la monja agredense, fue buscando la sabiduría de su magisterio espiritual. Se supone que el monarca conoció todas o gran parte de sus obras ascético-místicas; pero, en cualquier caso, se conoce su gran interés por *La mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y*

²⁰ Había dado orden de quemar todos sus escritos, porque no quería dejar rastro de ella cuando muriera; pero la encargada de hacerlo, María de San Agustín, los fue entregando a otra agustina recoleta, Catalina de la Encarnación, que los ocultó hasta el fallecimiento de la fundadora.

²¹ Como edición más reciente, puede consultarse: *María Jesús de Ágreda. Correspondencia con Felipe IV. Religión y razón de Estado*. Introducción de Consolación Baranda. Madrid, 1991 (Biblioteca de Escritoras).

abismo de la gracia. Historia divina, y vida de la Virgen Madre de Dios. Cuando en 1670 sale este libro en Madrid de la imprenta de Bernardo de Villadiego, deja atrás una gestación dificultosa: dos redacciones entre 1636-1660 y, a partir de este último año, un escrupuloso examen hasta decidir la aprobación de obra tan proclive a desviaciones heréticas, sobre todo en manos de una mujer. Curiosamente, se dice que el rey fue depositario del único ejemplar no destruido de la primera redacción.

Sor María de Jesús ni siquiera llegó a conocer – antes de dejar este mundo – la aprobación dada en 1668 a la segunda redacción; Felipe IV, tampoco († 1665).

En 1965, el erudito investigador José Antonio Pérez Rioja llegó a localizar 222 ediciones en distintos idiomas. «*Se divulgaron por todas partes y ejercieron un influjo más amplio y profundo que los tratados escolásticos en la mente y en el corazón de los fieles [...] Ejerció, asimismo, poderoso influjo en el fervor de los misioneros. Se sabe, documentalmente, por sólo poner un ejemplo significativo, que, al ser desterrado Fray Junípero Serra a las Misiones de Sierra Gorda, el año 1752, se llevó consigo un ejemplar [...]*»²².

Según parece, entre los autores que más influyeron en la trayectoria mística de María de Jesús de Ágreda se encuentran Juan de la Palma, Pedro Manero, Pedro de Arriola, fray Luis de León, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. Se sabe, asimismo, que admiraba profundamente a la «Santa Juana», la franciscana del Monasterio de Cubas. Aún se conserva en su convento de Ágreda un retrato de la misma que tuvo en gran estima.

Mucho más habría que contar de esta otra maestra iletrada, que desde muy niña es objeto de experiencias extraordinarias. También muy joven, a los 25 años, la nombraron abadesa en el convento de Concepcionistas franciscanas fundado por su madre natural, con la que ingresó. Para suplir la inexperiencia propia de la juventud contó con la dirección de la Madre celestial, cuyo magisterio fue una constante en su vida.²³

Estuve a punto de no incluirla por lo prolijo que ha resultado este ensayo; pero al final pensé que mejor suprimirla o acortaría alguna de las seleccionadas, ya que la concepcionista agredense supone un ejemplo muy significativo. Para ella, su gran Maestra, la que – cómo acabo de indicar – le aconseja sobre su actuación en la vida conventual, le clarifica los misterios

²² José Antonio PÉREZ RIOJA, *Perfil humano y literario de Sor María de Ágreda*, in *Actas I Congreso Internacional de la Orden Concepcionista*. León, 1988, 262).

²³ Trato con mayor amplitud este tema en la ponencia «María de Ágreda fue también arcaduz» presentada dentro del Curso *La Madre Ágreda: una mujer del siglo XXI (1602-2002)* – Universidad Internacional Alfonso VIII, Ágreda (Soria), 2 a 6 de agosto de 1999. Se inserta en las Actas del mismo, a punto de salir impresas.

sobrenaturales y dicta lo que ha de escribir es directamente la Santísima Virgen, conforme a la voluntad de su divino Hijo:

«Te señalo por maestra a mi Madre y Virgen; ella te industrialará y encaminará tus pasos a mi agrado y beneplácito». ²⁴

De ahí que su magna obra escrita, la *Mística Ciudad de Dios*, se produzca merced al magisterio mariano:

«Yo seré tu Maestra – le revela la Virgen tras aceptar la designación de Cristo –. Pero advierte que me has de obedecer con fortaleza y desde este día no se ha de reconocer en ti resabio de hija de Adán. Mi vida y las obras de mi peregrinación y las maravillas que obró el brazo poderoso del Altísimo conmigo, han de ser tu espejo [...]» (MCD, L° I, Cap. I, 7).

Así nació una de las biografías más singulares.

Este testimonio nos presenta a María, la Virgen Madre de Dios, como primera Maestra iletrada de la reflexión que someto a su autorizado criterio.

María Isabel Barbeito Carneiro

Abstract:

The lives of the women studied in this article clearly show that a cultural background is not always the only source for erudition, but, in some cases, this may result from a mystical experience. In spite of the fact that they were all illiterate, their unconditional ascesis led to a persistent desire to reach the unity with God, thus giving them the knowledge to become masters in doctrine. Ángela de Foligno, Catalina de Siena, Juana de la Cruz, Teresa de Jesús, María de la Antigua, Mariana de San José and María de Jesús are examples of women whose levels of erudition corroborate the proposition presented in this study, and at the same time are a testimony of the Virgin Mary's ministry, the first illiterate erudite.

²⁴ *Mística Ciudad de Dios*, L° I, Cap. I, 6. (Cito por la reimpresión efectuada en 1992, que reproduce el autógrafo original, *Mística Ciudad de Dios. Vida de María*, con introducción y notas de Celestino SOLAGUREN. Las citas de los otros textos se darán a continuación de los mismos, abreviando el título mediante las siglas MCD).

